

La India y Paquistán: una carrera a la locura

GABRIEL GUERRA CASTELLANOS

La serie de ensayos nucleares realizados por la India primero, y por Paquistán después, ha colocado a esa región del sudeste asiático en una de las situaciones más tensas y peligrosas desde la fundación de esas dos naciones, hace apenas cincuenta años. Rivales históricos, con viejos agravios religiosos, étnicos y fronterizos, ambos países se han enfrentado en tres guerras, incluyendo la que en 1971 provocó la partición de Paquistán —que en apenas dos semanas perdió la mitad de su territorio— y el nacimiento de Bangladesh, ante la invasión india.

En las crónicas de esa guerra podemos encontrar algunas de las razones y sinrazones del más reciente escalamiento, así como entender mejor los viejos resentimientos y sospechas que ambas partes albergan para con sus rivales. La abrumadora victoria de la India en esa guerra que aún nadie sabe quién inicio, tuvo como resultado la partición de Paquistán, el establecimiento de Bangladesh como un país independiente y, por supuesto, menos hostil hacia la India, así como la caída del gobierno paquistaní ante la humillación sufrida, humillación que 27 años después nadie en ese país ha olvidado. Casi tres décadas después, hasta la fecha, persiste la disputa fronteriza por la zona de Cachemira, que se originó en 1947 y que ha provocado incontables escaramuzas y enfrentamientos armados, además de agravar la de por sí tensa relación entre estos vecinos incómodos y distantes.

La rivalidad entre la India y Paquistán se remonta a tiempos lejanos. En el siglo XVII, los musulmanes habían sentado sus reales en el subcontinente, y dominaban a la mayoría hindú. Con el paso del tiempo las dificultades aumentaron, de la mano con la intolerancia. La llegada de los ingleses cambió la ecuación: los hindúes volvieron por sus fueros, y se convirtieron en sus aliados naturales. Con el paso del tiempo, los ánimos se enfriaron y la situación se tranquilizó. Durante la mayor parte del coloniaje británico, hindúes y musulmanes coexistieron pacífica y civilizadamente, como lo hacen muchas veces los súbditos, con el recelo y la solidaridad que surgen de la opresión como común denominador.

Tras la independencia en 1947, que fue a la vez división de la llamada joya del imperio británico, Gandhi hizo un llamado a "difundir el mensaje de la unidad hindú-musulmana". Pero muy pronto, de manera inexplicable por su pasión y su rapidez, los ánimos nacionalistas y las pasiones religiosas se exacerbaban, separando a familias, amigos y comunidades enteras. Más de 16 millones de personas se convirtieron, de la noche a la mañana, en refugiados, huyendo para salvar sus vidas.

La idea original de los ingleses era crear una patria para los hindúes, la India, y otra para los musulmanes, Paquistán, (dividida en Paquistán Oriental y Occidental, cada una a un costado de la India) que les permitiera vivir en paz. Fieles a su costumbre, aplicada con los resultados por todos conocidos en lo que hoy es Israel, en Irak y en otras igualmente desafortunadas partes del mundo, los británicos se dieron a la tarea de dibujar nuevas fronteras en mapas antiguos. Las divisiones geopolíticas se hacían así entonces, y ellos eran expertos en la materia. En ningún momento los detuvo el pequeño detalle de que musulmanes e hindúes ya vivían en relativa paz, de que se casaban entre sí, hacían negocios entre sí y cohabitaban civilizadamente.

Eso cambió con la división. La migración, o más bien el éxodo, de musulmanes de la India hacia Paquistán fue particularmente infeliz. Una página negra en la historia de ese país que nació bajo la guía y el ejemplo pacifista de Gandhi, ejemplo que fue insuficiente para evitar los saqueos y destrozos a las propiedades de los emigrados, que no pudo o no quiso impedir las matanzas en las que se detenían los trenes, cargados y sobrecargados de civiles, para que las turbas de fanáticos nacionalistas hindúes masacraran con todo tiempo y toda calma a hombres, mujeres y niños. Se estima que más de seiscientos mil murieron.

Desde entonces todo se complicó. Quienes por azares del destino permanecieron en el lado equivocado de la frontera perdieron a sus familiares y a sus amigos, se convirtieron en traidores a la patria, cualquiera que ésta fuera. Este fenómeno de exclusión afectó particularmente a aquellos musulmanes que, por accidente o por convicción, permanecieron en la India, pues sus parientes los repudiaron al mismo tiempo que muchos hindúes continuaron viéndolos con recelo. Las semillas del odio y la desconfianza germinaron con esa fertilidad que sólo dan las más intensas y bajas pasiones: las de la religión, del nacionalismo, y de la "pertenencia" étnica.

En medio de esta multitud de conflictos y dificultades entre ambos países, la carrera nuclear que se ha desatado genera numerosas incertidumbres e interrogantes. A la distancia, resulta difícil encontrar ventajas

reales para cualquiera de los dos competidores en esta competencia que más nos recuerda al famoso doctor Strangelove, aquel ^{doctor} Insólito que lanzó al mundo por el abismo —fílmico, por suerte— y que hoy parecieran emular los gobiernos de la India y Paquistán. Sin ningún beneficio aparente, salvo por la popularidad doméstica que les ha acarreado su nuclearización, y con enormes costos económicos y de imagen internacional, estos países han decidido sumarse al club más exclusivo y menos deseable del mundo.

Es en ese contexto de añejos odios que cobra su verdadera dimensión la actual competencia nuclear entre ambos países. Si de por sí resulta preocupante que una nación en vías de desarrollo decida privilegiar los programas atómicos por sobre los sociales, más grave es que se pretenda utilizar estas armas como elementos de amenaza y de presión ante vecinos hostiles y con afanes de venganza largamente acariciados. La carrera armamentista en la región no es un simple conflicto regional, como los que abundan por el mundo. En este caso se trata de una rivalidad histórica que contiene ingredientes particularmente volátiles: la religión, la disputa territorial, las alianzas estratégicas con o en contra de China, todos estos son factores desestabilizadores adicionales, que se vuelven atemorizantes cuando se les añade la carga nuclear.

A raíz de los ensayos de la India y de Paquistán, representantes de ambos países se han lanzado a una campaña para exponer las razones de sus gobiernos, y así tratar de justificar las acciones que sus países han tomado en su búsqueda por unirse al club nuclear. Son dos los argumentos principales. El primero tiene que ver con la hipocresía de las potencias nucleares que se niegan a renunciar a sus arsenales, a la vez que pretenden prohibir al resto del mundo el acceso a ese tipo de armamentos. El segundo se refiere a la amenaza directa que representa su respectivo y malévolo vecino, y a los intentos subrepticios, inmorales y, por supuesto, injustificados de éste por armarse nuclearmente.

Además de reflexionar sobre las consecuencias que esta carrera armamentista tercermundista puede tener para la región y para el resto del mundo, vale la pena analizar estas argumentaciones. Hagámoslo, por salud mental, con una pizca de sentido del humor.

En primer término, resulta en efecto de una gran hipocresía, o cuando menos de una doble moral, que las potencias nucleares pretendan que sus arsenales permanezcan mientras que todos los demás países estén impedidos de armarse en igualdad de condiciones. Es una pretensión totalmente arrogante y presuntuosa, y por ende ética y políticamente inaceptable. No puede existir una suerte de derecho divino a ser los únicos poseedores de armas nucleares. Hasta ahí el argumento de la India y de Paquistán es irrefutable. Sin embargo, la solución a esta injusticia no radica en que todos los demás países del orbe se armen, sino más bien en que aquellos que tienen armas nucleares se deshagan de ellas. De otra forma, tendríamos que crear una suerte de gran consejo nuclear que distribuyera armas atómicas a todas las naciones del mundo de manera democrática y equitativa. Sería necesario establecer criterios de distribución, y las discusiones acerca de ellos serían interminables. Imaginemos por un momento las sesiones de este gran consejo: aquí un diplomático exigiendo una repartición de ojivas *per cápita*, al otro reclamando una cuota en función del número de especies en peligro de extinción que cada país albergue, más el otro pidiendo que sea la diversidad racial la que determine la repartición...

El segundo argumento, el del vecino agresivo y amenazante, resulta igualmente poco sólido, sobre todo cuando nos remitimos a los antecedentes de cada uno. Por las razones que fuere, tanto la India como Paquistán iniciaron la búsqueda y el desarrollo de sus capacidades nucleares hace ya muchos años. No vale aquí la pregunta de qué fue primero, si la gallina atómica o el huevo enriquecido con uranio. Los dos han destinado importantes recursos a sus respectivos programas nucleares, con intenciones claras de hacerse de armas atómicas. El pretexto del vecino más grande, o agresivo, o malencarado no justifica absolutamente nada. Al igual que en el de la distribución igualitaria, este argumento se desmorona cuando lo llevamos al extremo. ¿Cuáles serían los países con mayor derecho? ¿Los vecinos de superpotencias? México encabezaría la lista. ¿Los que han sido invadidos por sus vecinos? Paraguay debería protegerse dados los antecedentes de su guerra contra Argentina y Brasil. ¿Malas caras? La lista de candidatos sería interminable...

Perdonen los lectores estos vanos intentos humorísticos, pero el punto que no se debe perder de vista es que no existe justificación alguna para mantener, desarrollar, adquirir o siquiera aspirar a poseer armas nucleares. Los países que ya las tienen deben ser presionados por la opinión pública y por la comunidad internacional para deshacerse de ellas.

Los que no las tienen deben también ser presionados para evitar las tentaciones. No hay pretexto ni argumento que valga, pues como ya hemos visto cualquiera puede ser llevado hasta los extremos del máximo absurdo. Resulta increíble que en la antesala del siglo xxi algunos todavía necesiten este recordatorio.

Además de la condena internacional, debemos añadir la del sentido común. Una vez realizadas las pruebas, una vez que los habitantes de ambos países se han cansado de festejar y deben volver a sus nada fáciles

condiciones de vida cotidianas, que por cierto no mejoraran gracias a las armas atómicas, ¿qué es lo que les queda? Ninguno de los dos países puede hoy sentirse más seguro. Por el contrario, si antes existía el riesgo permanente de que un choque fronterizo desencadenara una guerra, ahora el riesgo se multiplica ante la posibilidad de que un general pueda, en un momento de ofuscación o de desesperación, recurrir a las armas nucleares. Imaginemos por un momento como habría podido reaccionar cualquiera de ellos en situaciones difíciles, como en la ya mencionada guerra de 1971, o ante el asesinato de los respectivos Gandhi.

El programa nuclear de Paquistán ha sido diseñado e implementado por las fuerzas armadas, que no se han caracterizado por su respeto a los gobiernos civiles y que más de una vez han sucumbido ante la tentación de asumir el control político de su país. Que un programa de esa magnitud esté en manos del ejército añade un elemento de preocupación. En otras naciones con capacidad nuclear, la determinación acerca del uso de armas atómicas está finalmente en manos de civiles, lo cual añade una capa protectora en el proceso de toma de decisiones.

En la India, si bien son civiles los que controlan el botón, no hay que olvidar que en los últimos años se ha dado un resurgimiento de grupos y organizaciones ultranacionalistas, que guardan rencor hacia los musulmanes y que promueven y difunden el derecho natural de los hindúes a dominar el subcontinente. Finalmente, fue un nacionalista hindú quien asesinó a Mahatma Gandhi, pues sentía que éste había traicionado los intereses de "su raza". Si bien el actual gobierno nacionalista de la India no llega ni con mucho a esos extremos, el hecho es que su posición es mucho menos abierta y plural que lo que tradicionalmente fue la de gobiernos anteriores. No hay que olvidar, además, que los radicales se sentirán motivados para promover su causa ante la presencia de un gobierno más complaciente.

La religión, la pasión del nacionalismo y la fuerza de las armas son malas consejeras. Todas ellas están presentes en este conflicto que preocupa y atañe al mundo entero.